

a los cien años de la guerra de secesión

## LA MATRICULA SANGRIENTA DE

# MEREDITH



Universidad de Oxford después de la ocupación hecha por la guardia federal.



CON el ingreso de James H. Meredith en la Universidad de Oxford, los norteamericanos de color han obtenido una dolorosa victoria. Lo que debía de haber llegado como evolución de un país democrático, que conquistó la libertad de los negros del Sur en una guerra civil, y que, en un orden internacional, patrocina todos los movimientos de independencia africana, sigue siendo un tema sangriento.

Cierto que Kennedy tenía a su favor la ley federal y que, con la ley en la mano, mandó soldados a Mississippi y metió a Meredith en Oxford. Pero ha habido muertos. Y un gobernador —Barnett—, a quien hay que considerar responsable importante de lo sucedido, es aclamado por los sudistas y

**SIGUE**

# MEREDITH



La actitud de Barnett y del ex general Walker animó a la resistencia de los racistas de Mississippi. Por las calles de la ciudad, en los accesos a la universidad de Oxford...



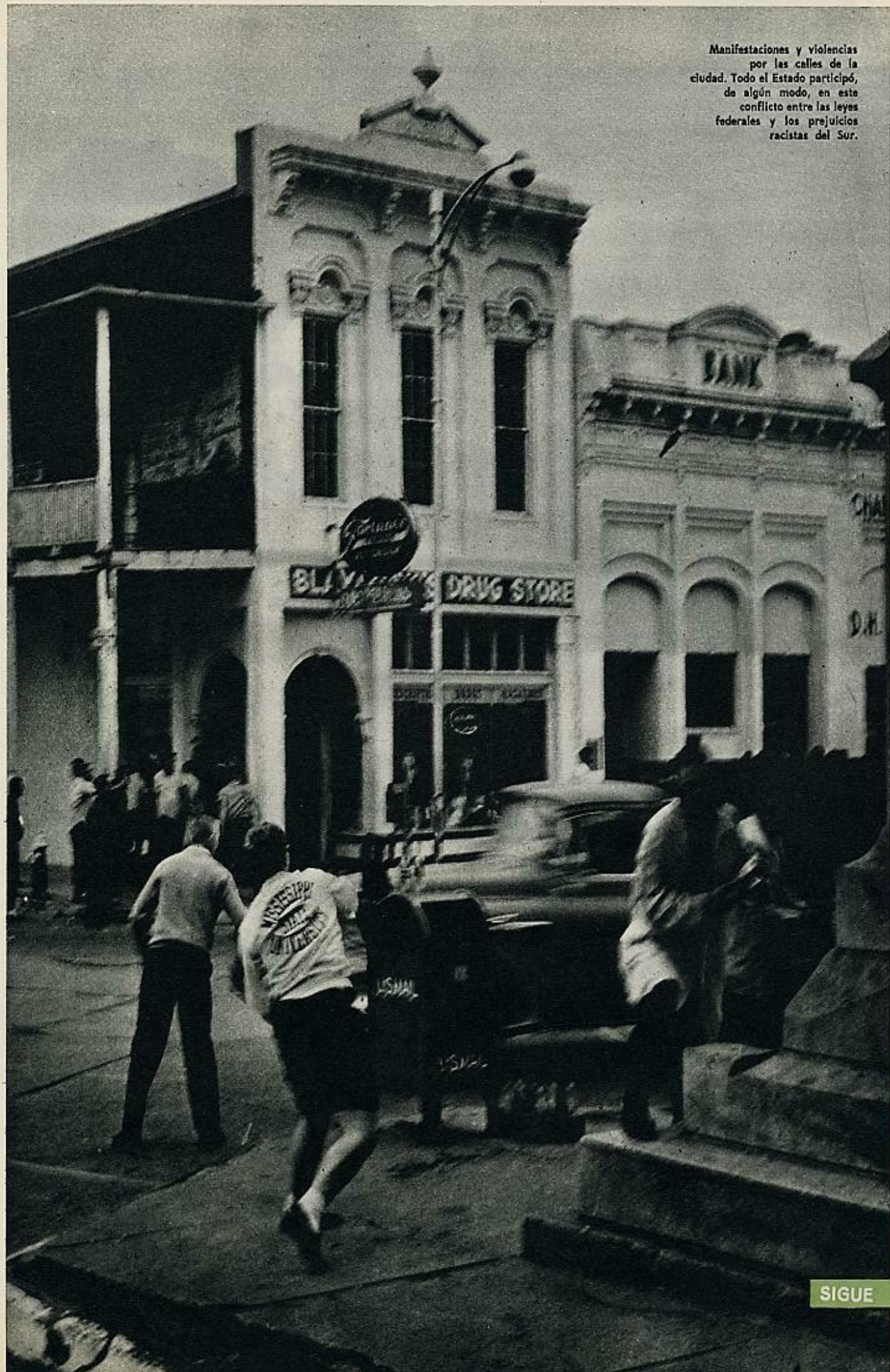
Ross Barnett, aclamado. «No cederemos ni una pulgada». Era el preludio de los actos de violencia

hasta propuesto como un futuro candidato a la presidencia de los Estados Unidos. Mientras en Londres, se leía en las pancartas de una pequeña manifestación de fascistas: «Los nazis británicos saludan a Barnett».

Afortunadamente el problema racial es, en U.S.A., un viejo problema. No ha habido, pues, forma de que el macarthysmo confundiese sus términos. Los negros son soldados americanos desde hace muchos años; son, según la ley, iguales a los blancos; pero la verdad es que la literatura —ejemplo, la del magnífico Richard Wright— o el cine, repiten su testimonio de la inferior situación del hombre norteamericano de color en numerosos estados.

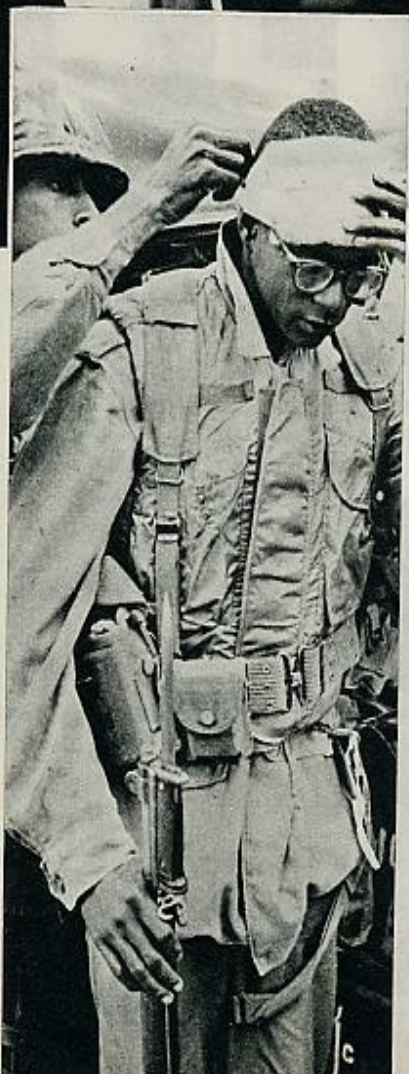
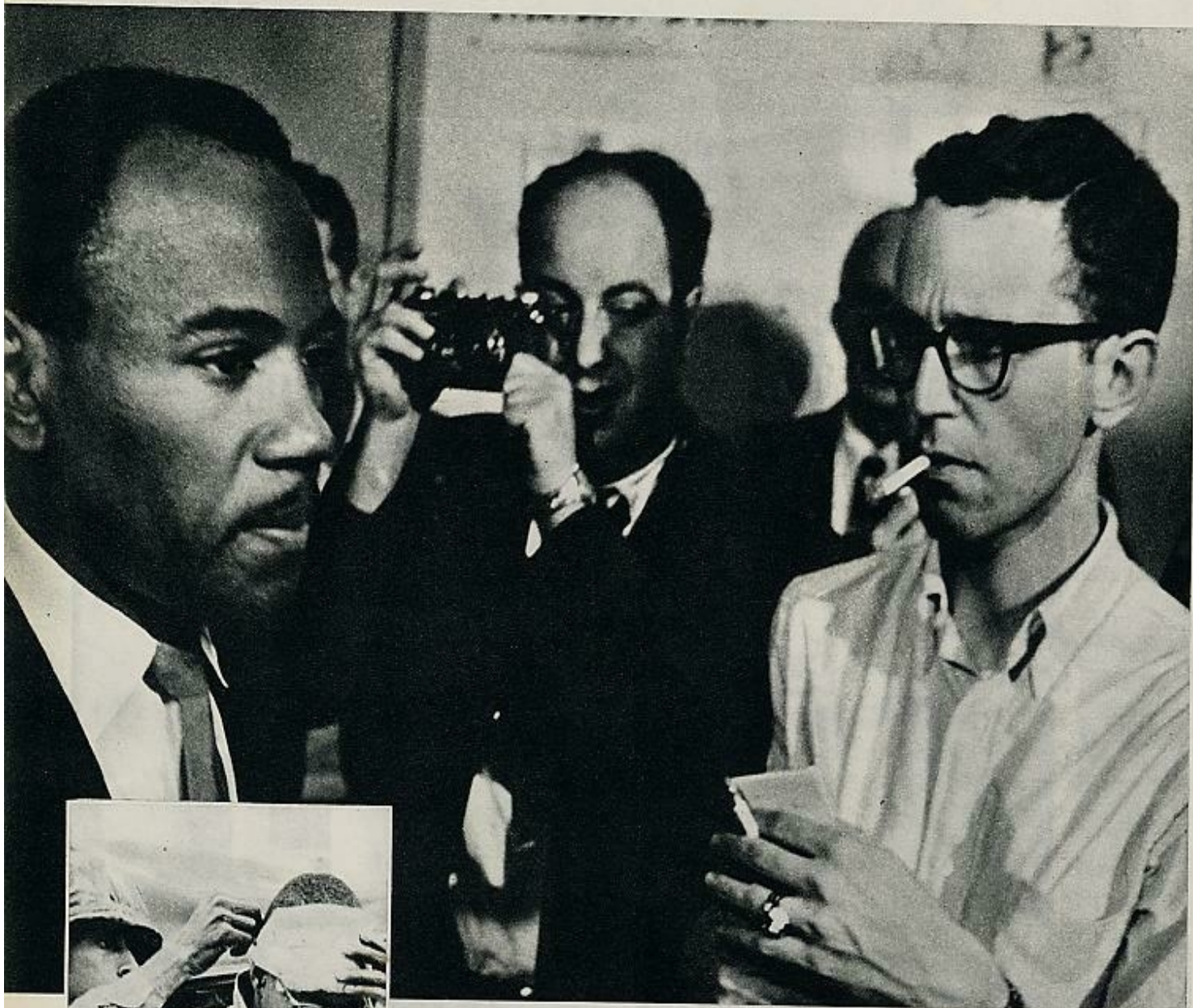
Ahora Meredith es alumno de Oxford. Le prometieron que lo matricularían «si llegaba a la oficina», y Meredith llegó rodeado de soldados. Ahora, Meredith es un alumno junto al que ningún blanco se sienta. Sistemáticamente se le somete a toda clase de humillaciones y provocaciones buscando en él un acto de rebeldía violenta que justifique el suprimirlo. Porque aunque esto sea tremendo, la verdad es que Meredith por asistir a las clases de la Facultad de Oxford se está jugando la vida. Sigue con escolta personal

Manifestaciones y violencias por las calles de la ciudad. Todo el Estado participó, de algún modo, en este conflicto entre las leyes federales y los prejuicios racistas del Sur.



SIGUE

# MEREDITH



Un estudiante ha herido a un soldado negro. Le atiende su compañero de armas, un soldado blanco.

James Meredith, una curiosidad para la prensa, un símbolo para todos los negros de Estados Unidos.

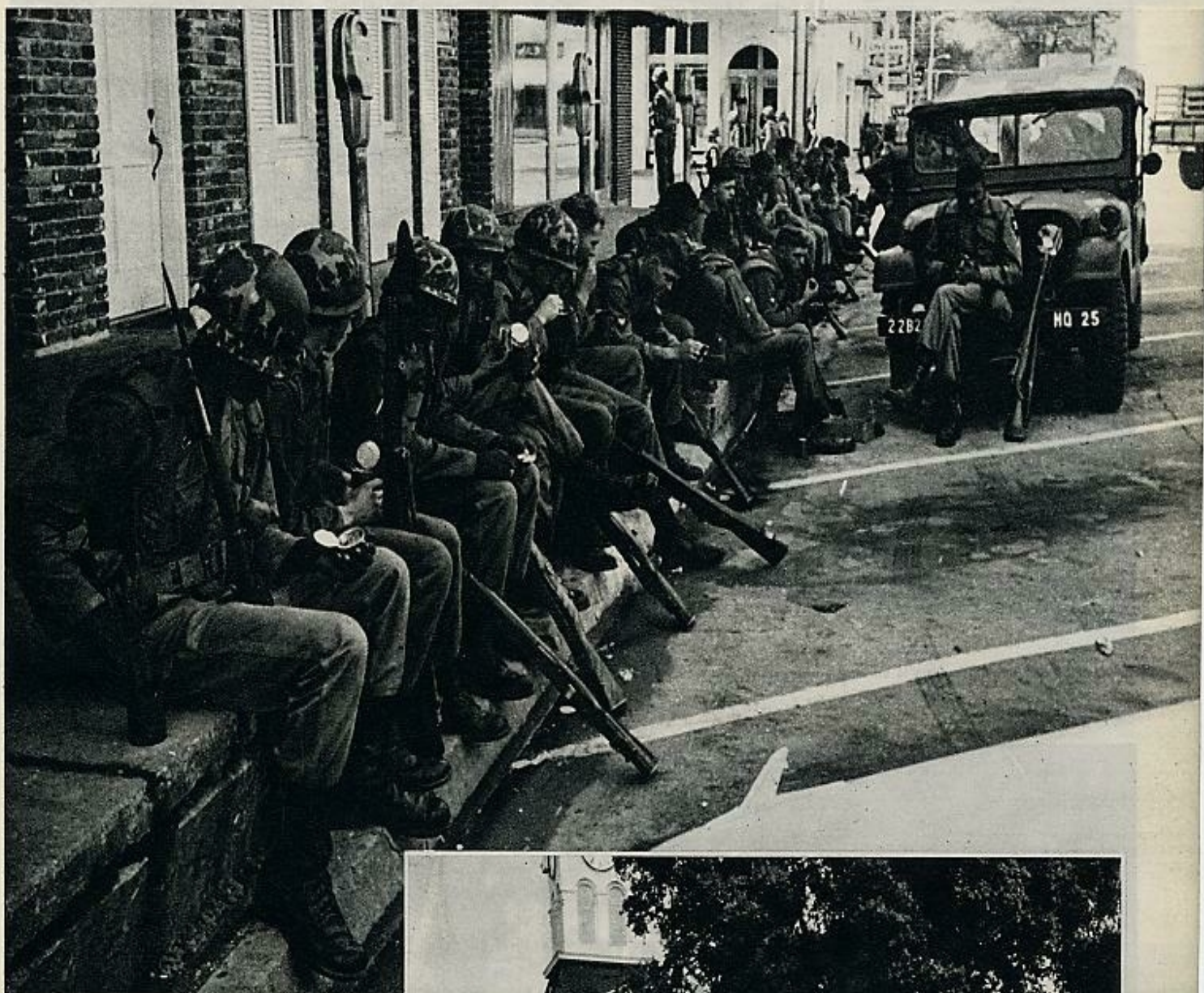
y más de un cronista da por seguro que Meredith no sobrevivirá a su hazaña o tendrá que hacer marcha atrás y refugiarse en la universidad de Atlanta, una universidad para negros.

Pero quizá los cronistas se equivoquen y James Meredith consiga en Mississippi lo que otros negros consiguieron en numerosos estados del Sur. En Virginia, Florida, Georgia, Texas, Luisiana, Arkansas, donde estudian junto a los blancos. Como mueren juntos en las guerras por los Estados Unidos.

Se repetía que la evolución continuaba pacíficamente y que los hechos de Little Rock, donde Eisenhower hubo de hacer valer las leyes federales en favor de la integración, habían sido el último capítulo del segregacionismo estadounidense. Pero la cosa no parece clara porque al arrimo de nuevas actitudes derivadas de la guerra fría, el sentimiento segregacionista del Sur ha tomado nuevos bríos. El ex general Walker, un ultra

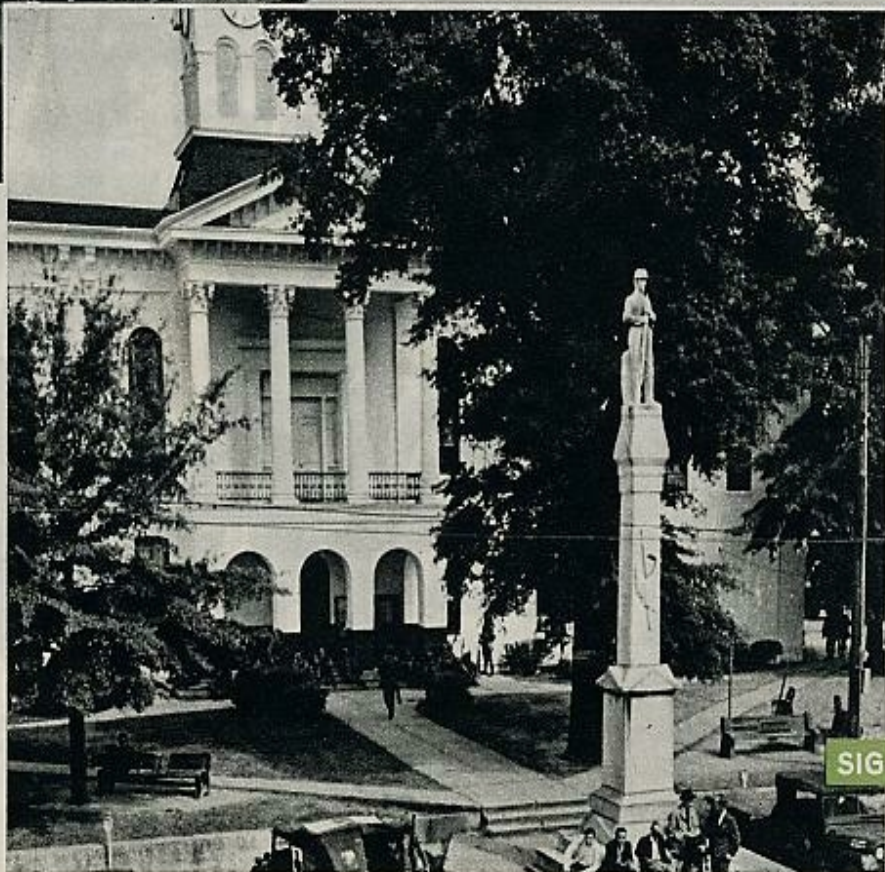
separado del ejército, antiguo jefe de las fuerzas norteamericanas en Alemania, no vaciló en proclamar: «Ha llegado la hora de la acción. Hemos hablado y escuchado bastante; hemos sido importunados demasiado por un Tribunal Supremo anti-Cristo. Ha llegado la hora de que nos oigan». La hora de hacerse oír era, para el ex general Walker, que apareció en el patio de la Universidad con sombrero tejano, muy en caudillo de la antigua Confederación de Estados del Sur, la hora de linchar al silencioso Meredith, ex sargento en la guerra de Corea y hombre de color que quería estudiar en la universidad de Oxford.

Cuando James Meredith expresó su deseo de matricularse, y éste le fue denegado por el gobernador del Estado, Ross Barnett —que quiso hacerlo personalmente y acudió a la universidad—, aquél solicitó el auxilio del gobierno federal. Volvió a Oxford acompañado por varios funcionarios y se en-



Entre los soldados que forman esta unidad mandada por Kennedy los hay de color, unidos a los blancos.

contró con una universidad excitada por los discursos de Ross Barnett y del general Walker. La custodiaban, además, doscientos policías de Mississippi, cuya misión parecía ser la de permitir que James Meredith fuese linchado. Naturalmente, Meredith y su pequeña escolta se retiraron. Fue éste el momento difícil. Oxford se llenó de agitadores profesionales, antiguos miembros del Ku Klux Klan y fanáticos del racismo. Walker habló de reunir 10.000 voluntarios en un intento de guerra civil. Barnett aseguró que «no cedería una pulgada» y que sus soldados detendrían a toda autoridad federal que intentase oponerse a sus propias ideas... Tras las voces destempladas de Walker y Barnett se alinearon muchas gentes que, en un clima de serenidad, probablemente nada habrían tenido que oponer a Meredith. A Barnett le reclamó un Tribunal Federal de Nueva Orleans, pero el gobernador no sólo no compareció sino que reafirmó su rebeldía. «Iré con



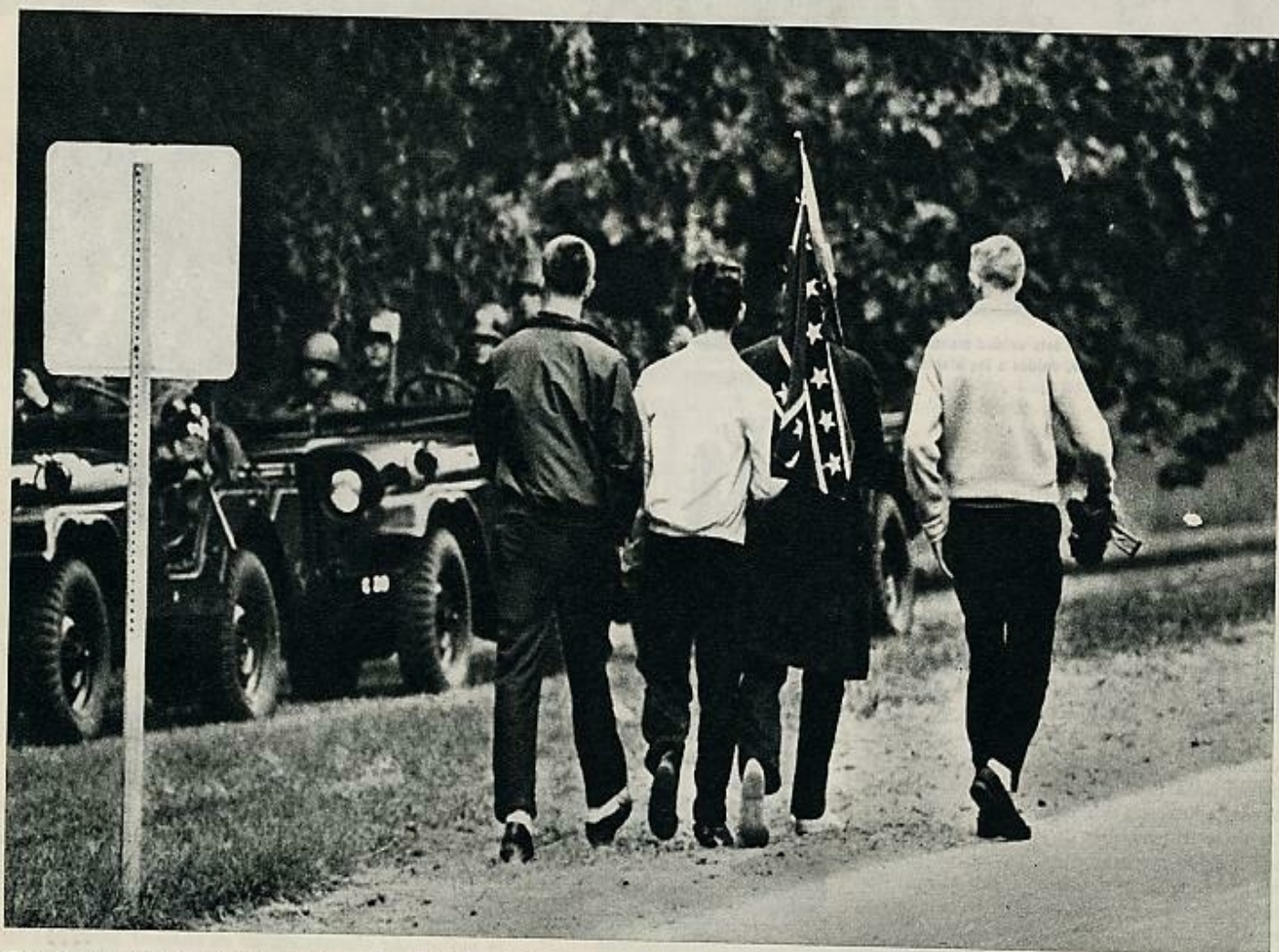
Residencia oficial de Ross Barnett, gobernador de Mississippi, principal responsable de los acontecimientos.

SIGUE

# MEREDITH



Las amplias avenidas de acceso a la universidad de Oxford presentaban este insólito aspecto guerrero... Kennedy no vaciló en mandar soldados para imponer la ley.



Viejas actitudes, viejas banderas, un día derrotadas por el Norte. Se han puesto en pie de guerra los que contemplan con terror el avance impuesto por la historia.

mucho gusto a la cárcel si es preciso, y, además, cerraré la Universidad de Mississippi, antes de admitir un negro en sus aulas.»

El conflicto entre los Estados Unidos y su estado de Mississippi había alcanzado términos bélicos. «¡Kennedy, métete en tus cosas!», decían las pancartas. «¡Vete a tu casa, yanqui!»...

Llegaron los primeros soldados. Bayonetas caladas y ametralladoras acompañaron esta vez a Meredith, mientras Robert Kennedy, Fiscal General norteamericano, conminaba a Barnett, y su hermano, el Presidente, preparaba su discurso. Barnett capituló en alguna medida. Fue el gesto zorro de quien vela en peligro su carrera política. Con un paso atrás, después de dar muchos hacia adelante, Barnett parece haber quedado como un «racista útil» para las próximas elecciones. Kennedy, el presidente, libre esta vez de las presiones que tanto enturbian sus decisiones políticas, habló y actuó con toda precisión: «Vuestro valor debe consistir en aceptar, no sólo aquellas leyes con las que estáis de acuerdo, sino también aquéllas que desaprobáis». Afirmación llena de sentido en un país democrático, donde la ley viene a ser la expresión de una mayoría. Unidades armadas, representando esa mayoría, acabaron con la rebelión de Mississippi. El balance: varios muertos y heridos. Y entre los muertos, un periodista, el francés Paul Guiard, por cuya muerte Kennedy ha enviado un telegrama a la France Presse en el que se lee: «La nación norteamericana, así como los ciudadanos amantes de la ley del Estado de Mississippi, estoy seguro de que estén verdaderamente apenados porque este incidente haya podido ocurrir en nuestro país...».

La situación parece, legalmente, resuelta. Pero el asunto Meredith no ha terminado. Las voces e influencias de los racistas arrojan un índice de potencia muy considerable. Mientras Meredith y su abogado, la señora Constance Motley, aguardaban inútilmente la comparecencia de Barnett en el Tribunal Federal de Nueva Orleans, gente blanca paseaba pancartas en las que se alentaba a Barnett para que no cediese ante la firmeza del Ministerio de Justicia. Todo tiene, pues, el aire de un compromiso provisional. La firmeza de Kennedy ha llevado al ex sargento Meredith hasta un aula de Oxford. Pero las bayonetas y ametralladoras siguen protegiéndole. Y Ross Barnett, responsable de muertes y racista feliz, sigue en su puesto. Mientras el general Walker, internado en una clínica penitenciaria (con ánimo de evitarle el deshonor de comparecer ante un tribunal), ha salido a la calle con una fianza reducida y recaudada por varios admiradores. Meredith quiere dedicarse a la política. Su ingreso en Oxford acredita tanto valor como prudencia. Ni uno solo de los actos violentos puede cargarse a un mínimo gesto suyo innecesario. Porque todos sus gestos, necesarios, nacieron de no conformarse con las declaraciones escritas y llevar hasta sus últimas consecuencias las obligaciones de un estado de derecho.

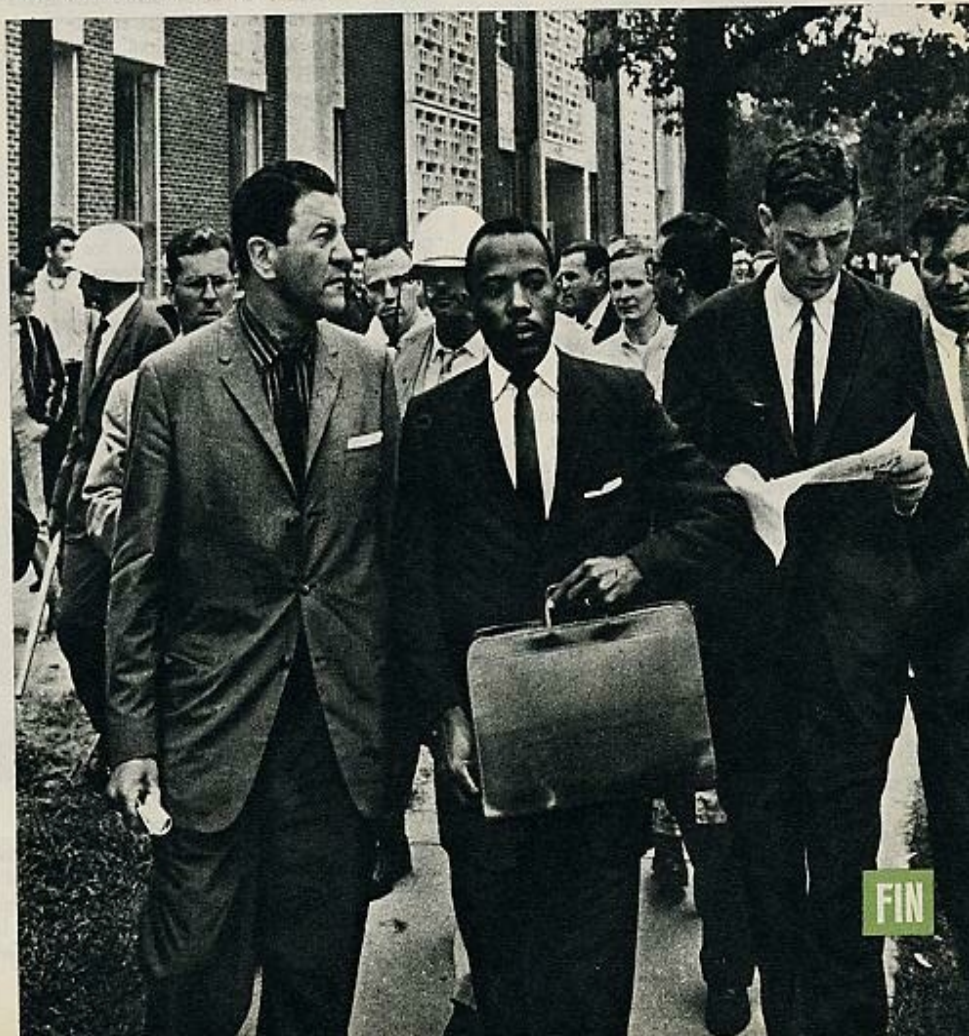
La victoria de Meredith es, a la vez, una vergüenza y un orgullo para los Estados Unidos, el país bifronte de la democracia y la intransigencia. El país que tiene un polvorín de odio en las tierras donde vivió y murió William Faulkner.

JOSE MONLEON



El estudiante James Meredith ha llegado a la oficina de inscripción, rodeado de soldados y funcionarios federales. Afuera, quedan los estudiantes habituales. Meredith es, desde este momento, el primer hombre de color matriculado en la antigua universidad de Oxford. Muchos prejuicios parecen definitivamente liquidados.

Ya matriculado, James Meredith acude ante un tribunal de Nueva Orleans para responder de la acusación de «desacato a la autoridad» formulada por Ross Barnett. Antes, cuando las autoridades federales requirieron la presencia del gobernador ante otro tribunal de la misma ciudad, el político del Sur no compareció.



FIN